

Carta de Leonardo Boff: "Las razones de mi renuncia"

Hay momentos en la vida en que una persona, para ser fiel a sí misma, tiene que cambiar. Yo he cambiado. No de batalla, sino de trinchera. Dejo el ministerio presbiteral, pero no la Iglesia. Me alejo de la Orden Franciscana, pero no del sueño tierno y fraterno de san Francisco de Asís.

Continúo y seré siempre teólogo, de matriz católica y ecuménica, a partir de los pobres, contra su pobreza, y a favor de su liberación. Quiero comunicar a los compañeros y compañeras de camino las razones que me han llevado a una tal decisión.

Primero de todo digo: salgo para mantener la libertad y para continuar un trabajo que me era fuertemente impedido. Este trabajo ha significado la razón de mi lucha de los últimos 25 años. No ser fiel a las razones que dan sentido a la vida significa perder la dignidad y diluir la propia identidad. No lo hago. Y pienso que tampoco Dios lo quiere. Recuerdo la frase de José Martí, destacado pensador cubano del siglo pasado: "No es posible que Dios ponga en la cabeza de una persona el pensamiento y que un obispo, que no es tanto como Dios, prohíba expresarlo".

Pero hagamos un poco el recorrido.

A partir de los años setenta, junto con otros cristianos, intenté conjugar el Evangelio con la justicia social, y el grito de los oprimidos con el Dios de la

vida. De esto resultó la *teología de la liberación*, la primera teología latinoamericana de relevancia universal. Con ella buscábamos rescatar el potencial liberador de la fe cristiana y actualizar la *memoria peligrosa* de Jesús, rompiendo con aquel círculo férreo que tenía el cristianismo prisionero de los intereses de los poderosos.

Esto nos llevó a la elección de los pobres y excluidos. Ellos nos evangelizaron. Nos hicimos más humanos y más sensibles a su pasión. Y también más lúcidos al descubrimiento de los mecanismos que siempre de nuevo les hacen sufrir. De la sagrada ira, pasamos a la práctica social y a la reflexión comprometida. Soportamos, en común con ellos, la maledicencia de aquellos sectores sociales que encuentran en el cristianismo tradicional un aliado para mantener los propios privilegios, bajo el pretexto de la preservación del orden que es, para las grandes mayorías, pura y simplemente desorden. Hemos sufrido cuando hemos sido acusados, por nuestros hermanos de fe, de herejía o de pacto con el marxismo y cuando hemos visto romperse públicamente vínculos de fraternidad. Siempre he sostenido la tesis de que una Iglesia es verdaderamente solidaria con la liberación de los oprimidos sólo cuando ella misma, en su vida interna, supera estructuras y comportamientos que implican la discriminación de las mujeres, la disminución de los valores laicos, la falta de confianza en las libertades modernas y en el espíritu democrático y la excesiva concentración del poder en las manos del clero.

Con frecuencia he hecho esta reflexión que aquí repito: lo que es error en la doctrina sobre la Trinidad no puede ser verdad en la doctrina sobre la Iglesia. Se enseña que en la Trinidad no puede haber jerarquía. Todo subordinacionismo es aquí herético. Se enseña que personas divinas son de igual dignidad, de igual bondad, de igual poder. La naturaleza íntima de la Trinidad no es la sociedad, sino la comunión. La *pericoreis* (mutua relación) de la vida y del amor une a los Tres divinos con tal radicalidad que no tenemos tres dioses, sino un solo-Dios-comunión. Sin embargo, de la Iglesia se dice que es esencialmente jerárquica y que la división entre clérigos y laicos es de institución divina.

No estamos contra la jerarquía. Si ha de existir la jerarquía, ya que esto puede ser un legítimo imperativo cultural, será siempre, en un buen raciocinio teológico, jerarquía de servicios y funciones. Si no resulta así, ¿cómo se puede verdaderamente afirmar que la Iglesia es icono-imagen de la Trinidad? ¿Dónde va a parar el sueño de Jesús de una comunidad de hermanos y de hermanas

si existen tantos que se presentan como padres y maestros cuando El ha dicho explícitamente que tenemos un solo padre y un solo maestro (cfr. Mt., 23, 8-9). La forma actual de organizar la Iglesia (no ha sido siempre así en la historia de la Iglesia) crea y reproduce demasiadas desigualdades en vez de actualizar y hacer posible la utopía fraterna e igualitaria de Jesús y de los apóstoles.

Por tales y semejantes proposiciones, que por lo demás se infieren en la tradición profética del cristianismo y en el proyecto de los reformadores a comenzar desde San Francisco de Asís, he caído bajo la severa vigilancia de las autoridades doctrinales del Vaticano.

Esta vigilancia ha sido, directamente o por interpuesta autoridad, como un torniquete que se ha estrechado siempre más hasta hacer prácticamente imposible mi actividad teológica de profesor, conferenciante, consejero y escritor.

Desde el año 1971, he recibido frecuentemente cartas y amonestaciones, restricciones y castigos. No se diga que no he colaborado. He respondido a toda carta. He negociado por dos veces mi temporal alejamiento de la cátedra. En 1984, afronté en Roma el *diálogo* con la más alta autoridad doctrinal de la Iglesia católica romana. Acogí el texto de condenación de varias de mis opiniones en 1985.

Y después (contra el sentido del derecho, pues me había sometido a todo), fui castigado con un tiempo de *silencio obsequioso*. Acepté diciendo: "Prefiero caminar con la Iglesia (de los pobres y de las comunidades eclesiales de base) que caminar solo con mi teología".

Fui destituido de la *Revista Eclesiástica Brasileña* y alejado de la dirección de la editorial *Vozes*. Me impusieron un estatuto especial, ajeno a las normas de derecho canónico, obligándome a someter todo escrito mío a una doble censura previa, una interna de la Orden Franciscana y otra de l obispo a quien compete dar el *imprimatur*.

He aceptado todo y a todo me he sometido.

Entre 1991 y 1992, el cerco se ha cerrado todavía más. Fui alejado de la revista *Vozes* (la más antigua revista cultural del Brasil, de 1904); se impuso la censura a la editorial *Vozes* y a todas las revistas que ella publica. Me fue impuesta de nuevo la censura previa a todo escrito, artículo o libro. Y fue

aplicada con celo. Y por un tiempo indeterminado habría tenido que alejarme de la enseñanza de la teología.

La experiencia subjetiva que he sacado en esto 20 años de relación con el poder doctrinal es ésta: este poder es cruel y sin piedad. No olvida nada, no perdona nada, exige todo. Y para alcanzar su fin, se toma el tiempo necesario y elige los medios oportunos. Actúa directamente o usa instancias intermedias u obliga a los propios hermanos de la Orden Franciscanas a cumplir una función que compete, por derecho canónico, sólo a quien tiene una autoridad doctrinal (obispos y la Congregación para la Doctrina de la Fe).

Tengo la sensación de haber llegado ante un muro. No puedo avanzar ni un paso más. Retroceder implicaría sacrificar la propia dignidad y renunciar a una lucha de tantos años. No todo es lícito en la Iglesia. El mismo Jesús fue muerto por testimoniar que no todo es lícito en este mundo. Existen límites intraspasables: el derecho, la dignidad y la libertad de la persona humana. La Iglesia jerárquica no posee el monopolio de los valores evangélicos, ni la Orden Franciscana es la única del Sol de Asís. Existe también la comunidad cristiana y el torrente de tierna fraternidad franciscana, en los cuales podré situarme con jovialidad y libertad.

Antes que amargarme y ver destruidas en mí las bases humanas de la fe y de la esperanza cristiana y golpeada la imagen evangélica del Dios-comunión de personas, prefiero cambiar de camino, no de dirección. Las motivaciones que han inspirado mi vida continuarán inalterables: la lucha por el Reino que comienza desde los pobres, la pasión por el Evangelio, la compasión con los sufrientes de ese mundo, el compromiso de liberación de los oprimidos, la articulación entre el pensamiento más crítico con la realidad más inhumana y el empeño de cultivar la ternura hacia todo ser creado, a la luz del ejemplo de san Francisco de Asís.

No dejaré de amar el carácter místico de la Iglesia y de comprender sus límites históricos con lucidez y con la necesaria tolerancia. Existe innegablemente una grave crisis en la actual Iglesia católica romana. Se confrontan duramente dos posiciones de fondo. La primera cree en la fuerza de la disciplina y la segunda en la fuerza intrínseca al curso de las cosas. La primera piensa que la Iglesia tiene necesidad de orden y por eso basa todo en la obediencia y en la sumisión de todos. Esta posición es propia por lo demás de los sectores hegemónicos de la administración central de la Iglesia. La segunda piensa que la Iglesia tiene necesidad de liberarse, y para ello tiene fe en el

Espíritu que fermenta la historia y en las fuerzas vitales que como *humus* confieren fecundidad al milenarismo cuerpo eclesial. Esta posición está representada por sectores importantes de las Iglesias periféricas, del Tercer Mundo y de Brasil.

Indiscutiblemente, yo me coloco en la segunda posición, en la de aquellos que han hecho de la fe la superación del miedo, que esperan en el futuro de la flor sin defensa y en las raíces invisibles que aumentan al árbol.

Hermanos y hermanas, compañeros de camino y de esperanza, que éste mi gesto no les descorazone en la lucha por una sociedad en la que sea menos difícil la colaboración y la solidaridad, puesto que a esto nos invita la práctica de Jesús y el entusiasmo del Espíritu.

Ayudemos a la Iglesia institucional a ser más evangélica, compasiva, humana y empeñada en la libertad y la liberación de los hijos y de las hijas de Dios.

No caminemos de espaldas al futuro, sino con los ojos bien abiertos para discernir, en el presente, los signos de un nuevo mundo que Dios quiere y, dentro de este mundo, un nuevo modo de ser Iglesia comunal, popular, liberador y ecuménico.

Por lo que a mí toca, quiero con mi trabajo intelectual empeñarme en la construcción de un cristianismo indio-africo-americano incultrado en los cuerpos, en la piel, en las danzas, en los sufrimientos, en la alegría y en las lenguas de nuestros pueblos, como respuesta al Evangelio de Dios que todavía no ha sido plenamente dada, después de 500 años de presencia cristiana en el continente.

Continuaré en el sacerdocio universal de los creyentes que es pura expresión del sacerdocio del laico Jesús, como nos recuerda el autor de la carta a los hebreos (7, 14; 8,4). No salgo triste de esta situación, sino lleno de paz, hago mía en efecto la poesía del que es nuestro mayor poeta, Fernando Pessoa: “¿Ha valido la pena / Todo vale la pena / si el alma no es pequeña”

Siento que mi alma, con la gracia de Dios, no ha sido pequeña. Unidos en el camino y en la gracia de Aquel que conoce el secreto y el destino de cada uno de nuestros pasos, les saludo con paz y bien.

Leonardo Boff.